

# Pedro Casaldáliga: poeta, profeta y pastor. Un esbozo de su figura

---

**Michael P. Moore**  
**Universidad Católica de Córdoba**  
**Argentina**

*¡Tenedme por latinoamericano,  
tenedme simplemente por cristiano,  
si me creéis y no sabéis quién soy!<sup>1</sup>*

El 8 de agosto de 2020, el hermano Parkinson le soltaba la mano para que la tomara la hermana muerte —así los llamaba, franciscanamente— y lo depositara definitivamente en el regazo del Misterio Último, del cual había sido testigo y voz, con su vida y con su palabra, a lo largo y ancho de 92 años. Realizado su trabajo, la muerte siguió de largo y, ahora, Pedro ya es todo en Dios (*cf.* 1 Co 15,28).

Pero vendrá... para pasar de largo.

Y en la centella de su beso amargo

vendremos Dios y yo definitivos<sup>2</sup>.

A un año de esa pascua, quiero compartir un esbozo abierto de su multifacética figura desde tres perfiles, cada uno con dos pinceladas, basándome en algunas de sus poesías y en otras breves referencias autobiográficas, para dar así protagonismo a su propia palabra. Tres dimensiones interrelacionadas, que se retroalimentan mutuamente, “las tres p” de Casaldáliga: poeta, profeta y pastor. A modo de enunciación sintético-introductoria, diría que, en la vida de Pedro, la

- 
1. P. Casaldáliga, “Identidad”, *El tiempo y la espera*, p. 13 (Santander, 1986).
  2. P. Casaldáliga, “Ella vendrá”, *ibid.*, p. 21.

necesaria palabra poética se vuelve anuncio y denuncia profética, sentida como obligación de quien debe pastorear a un pueblo pobre, pisoteado en su dignidad.

## 1. Poeta

En primer lugar y, ante todo, Pedro-poeta. Desde ahí se autodefinió esencialmente muchas veces. En diálogo con T. Cabestrero, confesaba:

La poesía ha significado y significa mucho en mí. Yo pienso a veces que *si yo soy algo, es eso, poeta*. Y que incluso como religioso y como sacerdote y como obispo, soy poeta. Muchas cosas intuyo, siento, hablo, digo o hago, porque soy poeta. Sabes que para mí la poesía es la palabra emocionada, la realidad intuida y expresada en una palabra emocionada. Entonces, bueno, tú ya me conoces, sabes cómo siento, cómo actúo, cómo reacciono... Creo realmente que la poesía es algo constitutivo en mí [...] Repetí con cierto humor, con cierta nostalgia sentida, aquel verso que dice “Yo renuncié / a la locura florida de aquel amor / mas no renuncié al dolor / de esa herida”. Yo he renunciado a la poesía como “la” misión de mi vida. Te voy a decir, con simplicidad total, que pienso que habría podido ser un gran poeta. Me parece que tenía posibilidad y ganas de serlo. Ahora, no he renunciado nunca a la poesía como expresión, como instrumento [...] Yo creo que ha significado mucho en mi vida la poesía. Esa sensibilidad, esa intuición, una actitud de ternura, ante la naturaleza, ante las cosas todas, ante los hombres; delante del dolor, delante de la flaqueza, de la pequeñez, en las horas y en las circunstancias exultantes también. Entonces, creo que la poesía ha sido en mí mucho más que un *hobby*. *Ha sido un constitutivo psicológico, que me ha expresado y por el cual he expresado mi fe e incluso mi ministerio*<sup>3</sup>.

Poesía, acotaría yo, para cantar la belleza sin pretender disecarla, y poesía para gritar tanto dolor sin banalizarlo. Pedro-poeta encontró en el verso-sinverso su desahogo y nuestro consuelo. Y esto gracias al enorme poder constructor y deconstructor que reconoce a la palabra: “Después de la sangre, la palabra es el ‘poder’ mayor. Por ella uno se dice y dice el Universo, el Prójimo, el Pueblo, la Muerte, la Vida, Dios, cálidamente”<sup>4</sup>. Palabra que dijo en castellano, en catalán y en portugués, las tres fuentes por las que derramó algo de su experiencia íntima, nunca del todo comunicable.

3. T. Cabestrero, *Diálogos en Mato Grosso con Pedro Casaldáliga*, p. 175 (Salamanca, 1978). Las cursivas son mías.

4. T. Cabestrero, *El sueño de Galilea. Confesiones eclesiales de Pedro Casaldáliga*, p. 131 (Madrid, 1992).

Por tres fuentes me derramo  
 y no me derramo entero.  
 El agua más honda y mía  
 se me está quedando dentro<sup>5</sup>.

Poesía que, a través del soneto, sobre todo<sup>6</sup>, se erige en el primer y último recurso para decir lo real inaprehensible, especialmente,

[...]  
 cuando es más hondo el grito que la voz  
 y más sin voz la ira que el tormento,  
 cuando el silencio apremia, cuando, umbría,  
 se hurta al raciocinio la verdad  
 y resbala en el mármol la homilía,

[...] <sup>7</sup>.

Cuando las ciencias, las filosofías y las teologías con sus lenguajes —pretenidamente— precisos no alcanzan, pero “aturde el girasol del pensamiento” y hay que “decirse y resguardarse”, entonces, recuerda consoladoramente:

siempre, poeta, cabe tu secreto  
 de masticar la pulpa de la vida  
 con los catorce dientes del soneto<sup>8</sup>.

Comenzando, pues, el esbozo anunciado, en esta primera angulatura, me gustaría hacerlo con dos pinceladas: poeta testigo y poeta célibe.

5. P. Casaldáliga, “Jo, yo, eu”, *El tiempo y la espera*, o. c., p. 114.

6. J. I. González Faus, en la dedicatoria de un soneto, publicado un par de días después de la muerte de su amigo, describió su vena poética con esta gráfica comparación: “Hecho en los primeros y últimos versos con frases del mismo Casaldáliga, del que ya dije una vez que manejaba los sonetos como Mozart las sonatas”; ver “Adéu, adiós, tchau, querido Pedro”, *Cristinamisme i Justicia*, 11 de agosto de 2020. Disponible en <https://blog.cristianismeijusticia.net/2020/08/11/adeu-adios-tchau-querido-pedro>.

7. P. Casaldáliga, “El soneto”, *Antología personal*, p. 127 (Madrid, 2006).

8. *Ibidem*.

### 1.1. Poeta testigo

Pedro es testigo del Misterio —con mayúscula— y lo testimonia a través de una poesía que arraiga en esa profunda experiencia teológica, mística, de ojos abiertos, que descubre a Dios en todo y, agudamente, donde parece no estar.

La poesía es la respuesta sensibilizada a todo y a todos, en un encuentro que pulsa el alma y compromete las opciones. Mi práctica poética es “sobre la marcha”: viviendo, tocado por un momento fuerte, emocionado por un encuentro, a partir de una lectura, evocando, soñando el mañana, orando. Como cristiano, como sacerdote, la poesía es para mí evangelización. Canto la Palabra de Dios, el Verbo hecho carne e historias humanas, Buena Nueva para los pobres, predicación eficaz de la Liberación<sup>9</sup>.

Escribe poesía y poetiza la vida celebrada y la vida amenazada, “sobre la marcha”, con lírica sentipensante. Y esto porque la referencia al Misterio no lo extasía de la historia, sino que, muy por el contrario, lo arraiga a la realidad concreta, desde los pies hasta el corazón.

Piensa también  
con los pies  
sobre el camino  
cansado  
por tantos pies caminantes.  
Piensa también, sobre todo,  
con el corazón  
abierto  
a todos los corazones  
que laten igual que el tuyo,  
como hermanos,  
peregrinos,  
heridos también de vida,

---

9. T. Cabestrero, *El sueño de Galilea*, o. c., p. 131.

heridos quizá de muerte.

Piensa vital, conviviente,  
 conflictivamente hermano,  
 tiernamente compañero<sup>10</sup>.

Leyendo su obra —de modo particular, la poética— descubro, por una parte, la necesidad inaplazable que tiene Casaldáliga de decir el Misterio (en lenguaje no dogmático)<sup>11</sup>, y, por otra, el exquisito respeto ante esa Realidad última, la vigilancia para evitar manipularlo o agotarlo, definiéndolo. Para iluminar lo primero, baste citar este breve poema:

Yo hago versos y creo en Dios.  
 Mis versos  
 andan llenos de Dios, como pulmones  
 llenos del aire vivo.  
 [...] <sup>12</sup>.

Pedro anda lleno de Dios (¡aunque primero se declara poeta y luego creyente!). Sus pulmones, sus entrañas, sus ganas andan llenas de Dios, por eso necesita expresarLo, compartir esa Buena Nueva. Es testigo impaciente de un Misterio que lo envuelve, lo desborda y lo impele a comunicar: “Si no hablase uno de Dios y de Jesús su Hijo, se sentiría traidor a sí mismo, mudo, muerto. Salvadas las apostólicas distancias, ‘¡ay de mí si no evangelizare!’, ¡ay de mí si hiciera poesía no evangélica, no evangelizadora!”<sup>13</sup>.

Misterio que forma parte esencial de la vida; así lo advierte en este poema que nos invita a conservar-Lo, decir-Lo y callar-se.

Os quedaréis sin la vida  
 si le quitáis el misterio.

10. P. Casaldáliga: “Piensa también con los pies”, *Todavía estas palabras*, p. 57 (Estella, 1989).

11. Desde esta clave de intentar decir en lenguaje poético el Misterio de Dios revelado en Jesucristo, he publicado, recientemente, un pequeño libro: M. Moore, *Pedro Casaldáliga. Cuando la fe se hace poesía* (Buenos Aires, 2021); hay también una edición española: Barcelona, 2021.

12. P. Casaldáliga, “Dios es Dios”, *Todavía estas palabras*, o. c., p. 59.

13. T. Cabestrero, *El sueño de Galilea*, o. c., p. 133.

Hay que salvar el aroma  
de la madera cortada.

La mano de Dios confina  
con las murallas del mundo,  
con la esperanza del hombre.

Jugarse el tipo, de gracia,  
como los niños que juegan.

Servir bajo el día a día.

Creer contra la evidencia.

Decir siempre una palabra

última de lucha, para

caer luego de rodillas

en silencio<sup>14</sup>.

Del silencio a la palabra y de la palabra al silencio: “Derramando palabras, / de mis silencios vengo / y a mis silencios voy. / Y en Tus silencios labras / el grito que sostengo / y el silencio que soy”<sup>15</sup>. Y en ese movimiento pendular, el Espíritu da cauce a las palabras para que transformen en grito o en canto el silencio original.

Y, por otra parte, decía, el poeta es consciente del riesgo constante de caer en la manipulación de lo divino o de intentar reducirlo a una religión (cristianismo) o a una institución (Iglesia).

¿Cómo dejarte ser sólo Tú mismo,

sin reducirte, sin manipularte?

---

14. P. Casaldáliga, “El misterio”, *El tiempo y la espera*, o. c., p. 75.

15. P. Casaldáliga, “Silencio hablado”, *El tiempo y la espera*, o. c., p. 17.

¿Cómo, creyendo en Ti, no proclamarte  
igual, mayor, mejor que el Cristianismo?<sup>16</sup>.

Muchas veces, creo, esa manipulación va de la mano del peligroso error —que acecha a teólogos, obispos, predicadores y creyentes, en general— de confundir a Dios con *nuestras* experiencias y representaciones de Dios, *siempre* nuestras —subrayo—, siempre falibles, siempre balbuceantes. De ese riesgo es consciente el poeta, como escribe en una de sus “Antífonas”, avisando de la precariedad de su propio hablar del Misterio:

Voy a decir de ti  
mi última palabra.  
(Siempre penúltima  
y mía siempre)<sup>17</sup>.

Importantísima lección que debería grabarse en letras de bronce sobre el escritorio de quienes pretendemos ejercer algún magisterio, sea el jerárquico, el de los teólogos o el que ejerce el pueblo sencillo en nombre del *sensus fidei*. Serán, siempre, palabras nuestras, no definitivas y abiertas a la escucha mutua.

## 1.2. Poeta célibe

Evidentemente, este es un aspecto que toca —y conmociona— de un modo muy especial a quienes han hecho, como Pedro, del celibato —¡que no es soltería!— una opción de vida. Aunque no sea una nota muy subrayada, no creo superfluo recordar que su poesía nace de una experiencia del amor divino y del amor humano, vivida desde ese celibato. Él mismo lo declara:

Mi poesía ha sido siempre célibe. Con un único amor en última instancia. Antes de poder cantar “al amor, la mujer y la rosa”, ya canté balbuceando a ese Dios que se apodera de tantos Jeremías y les hunde las brasas en la entraña y los contrata irreversiblemente para decir con muchas palabras y muchas mentiras la única Palabra, la Verdad, la Vida. Tan niño y tan pecador, decía Agustín. Pecador, poeta y niño a la vez. Poeta, niño (y pecador) siempre. No se pregunte mucho, no se quiera descifrar. Uno es uno

16. P. Casaldáliga, “Jesús de Nazaret”, *Sonetos neobíblicos, precisamente*, p. 29 (Buenos Aires, 1996). En este caso, se refiere al misterio de la persona de Jesús de Nazaret, pero su aviso es extensivo al Misterio de Dios en sí mismo considerado.

17. P. Casaldáliga, “Antífonas”, *Todavía estas palabras*, o. c., p. 87.

y su palabra, y todos somos —lo dicen los adagios en muchas lenguas y culturas— un poco locos y un poco poetas. Después, la formación sacerdotal y misionera, la ascesis programada, la conciencia de ser un “servidor de la Palabra” —por ser sacerdote y por ser claretiano— le ponen a uno, con palabra y emoción, con canto y vida, al servicio del Evangelio<sup>18</sup>.

En el intimista soneto titulado “Célibe”, Casaldáliga resume en catorce versos su ser consagrado; comienza con una dura afirmación y cierra con una pregunta abierta.

No habré hecho el amor, no habré tenido  
la gloria humana de engendrar. Mi nombre  
no dará nombre a nadie. No habré sido,  
en la acepción cabal del mundo, un hombre<sup>19</sup>.

Lo contracultural de la opción celibataria es lo primero que emerge, entre dolorosa y casi antinatural, instalando en el lector, indirectamente, la pregunta: ¿en qué consiste ser hombre, ser humano? Y, cerrando el soneto, el poeta se pregunta —con preguntas que nosotros hoy juzgamos retóricas— acerca de la fecundidad de su vida. Para responderlo, él mismo adelanta que hay muchas maneras de hacer el amor (con toda la ambigüedad que esa expresión conlleva); pero, desde la revelación evangélica, hay una privilegiada: besando los gritos y las heridas de los caídos al borde de la historia.

¿Te habré amado a Ti, Amor, amado  
haciendo el buen amor de otros mil modos,  
buscándote en la noche y el pecado,  
  
sintiéndote en el grito y en la herida,  
reconociéndote amable en todos,  
dándote nombre en mi pequeña vida?<sup>20</sup>

A esas preguntas, las vidas de legiones de indígenas, de peones, sin tierra y sin dignidad (reconocida), ninguneados por los poderosos, responden abruma-

18. T. Cabestrero, *El sueño de Galilea*, o. c., pp. 132-133.

19. P. Casaldáliga, “Célibe”, *Antología personal*, p. 126 (Madrid, 2006).

20. *Ibidem*.

doramente. Si se me permite la antropomorfización del cielo, diría que, a un año de su llegada, Pedro, en silencio y sin poesía, sigue desparramando nombres.

Al final del camino me dirán:

—¿Has vivido? ¿Has amado?

Y yo, sin decir nada,

abriré el corazón lleno de nombres<sup>21</sup>.

Nuestro poeta fue, sin duda, un célibe fecundo. Más aún, diversificadamente prolífico, en cientos de hijos liberados y en miles de páginas liberadoras (quien escribe estas líneas da fe).

—Voy a pasar la vida

más o menos inútil,

más o menos poeta.

No habré tenido un hijo.

No habré sido magnate ni gerente de lucros,

ni albañil o mecánico.

Habré plantado unos contados árboles

y habré escrito unos libros,

muchas cartas,

hojas hijos al viento<sup>22</sup>.

[...]

Celibato fecundo, pero también celibato sufrido, peleado, porque todo traer vida aparece un poco de dolor de parto, como informa en su “Aviso previo a unos muchachos que aspiran a ser célibes”, un soneto que merece ser citado por completo:

Será una paz armada, compañeros,

será toda la vida esta batalla;

21. P. Casaldáliga, “El corazón lleno de nombres”, *El tiempo y la espera*, o. c., p. 100.

22. P. Casaldáliga, “Voy a pasar la vida”, *Todavía estas palabras*, o. c., p. 44.

que el cráter de la carne sólo calla  
cuando la muerte acalla sus braseros.

Sin lumbre en el hogar y el sueño mudo,  
sin hijos las rodillas y la boca,  
a veces sentiréis que el hielo os toca,  
la soledad os besará a menudo.

No es que dejéis el corazón sin bodas.  
Habréis de amarlo todo, todos, todas,  
discípulos de Aquel que amó primero.

Perdida por el Reino y conquistada,  
será una paz tan libre como armada,  
será el Amor amado a cuerpo entero<sup>23</sup>.

Personalmente, me resulta de una belleza conmovedora la descripción de la soledad con su beso helado, propia de ese estilo de vida, que no es solo ausencia de hijos, sino, muchas veces también, incomprensión y menosprecio “de los propios”. Así, pronosticaba que “cada día más la vida religiosa será realmente ‘pobre’, incluso desprestigiada; cada vez será menos status; la vida religiosa será más cada día la virginidad asumida también como una pobreza [...], incluso no reconocida a veces dentro de la misma Iglesia; los eunucos por el Reino de los cielos”<sup>24</sup>.

Esa opción celibataria por el Reino que hace el poeta, cuenta tanto con su reconocida fragilidad como con la fuerza de salvación de lo que previo al empeño humano fue un don divino.

[...]

---

23. P. Casaldáliga, “Aviso previo a unos muchachos que aspiran a ser célibes”, *El tiempo y la espera*, o. c., p. 28.

24. T. Cabestrero, *Diálogos en Mato Grosso*, o. c., p. 172.

Mi opción de eunuco por el Reino ostento  
sobre esta frágil condición de hombre,  
capaz, con todo, de acoger Tu aliento.

Cuando el lagar su desazón concluya,  
Tú salvarás la causa de mi nombre  
que sólo quiere ser la Causa Tuya<sup>25</sup>.

Consciente de lo uno y de lo otro, apela a la misericordia salvadora de Aquel por cuya causa tantas veces dejó pedazos de alma —y de salud— en su recorrido: “por causa de tu Causa me destrozo / como un navío, viejo de aventura”<sup>26</sup>. Y avisa que esgrimirá ante el “dueño de las Causas”, en el momento de “revisar las cuentas finales”, como una última carta escondida bajo la manga, un corazón célibe que supo amarLo en los que también fueron los preferidos de Jesús, su Salvador.

[...]

No pagaré mis deudas; no me cobres.  
Si no he sabido hallarte siempre en todos,  
nunca dejé de amarte en los más pobres<sup>27</sup>.

## 2. Profeta

Continuando con el esbozo, el segundo rasgo que quiero delinear es el de Pedro-profeta, estrechamente relacionado con el anterior, según él mismo lo declara:

Para mí, todo poeta es un profeta [...] Fíjate que todo poeta ausculta a su pueblo y lo traduce en grito, en clamor. Fíjate que todo poeta le da a su pueblo, en el momento histórico si es un poeta más épico, o a cada miembro

25. P. Casaldáliga, “Eunuco por el Reino”, *Sonetos neobíblicos*, o. c., p. 39.

26. P. Casaldáliga, “Antes de que el gallo cante”, *ibid.*, p. 47.

27. *Ibidem*.

de su pueblo en el momento sentimental si es un poeta más lírico, aquella palabra, aquella pista, aquel clima que lo hace vibrar, que lo hace vivir<sup>28</sup>.

Primero la escucha y luego la verbalización del grito de júbilo o de indignación: “Yo sigo quedándome con la cálida intuitiva definición de nuestro Maragall: *poesía es la palabra emocionada*. Uno ve y oye, uno escucha y siente, uno encuentra o busca y se emociona y rompe a hablar con palabras más o menos cantadas pero emocionadas en todo caso”<sup>29</sup>.

Dos pinceladas también, para ilustrar este perfil, donde contemplaremos al poeta emocionarse hasta maldecir unas veces, y a bendecir, esperanzadamente, otras: profeta maldiciente y profeta esperanzado. Con palabra que construye y deconstruye, que alienta y escandaliza: “Ya soy, a cada paso que insinúo, / testimonio o escándalo, / testimonio y escándalo”<sup>30</sup>.

## 2.1. Profeta maldiciente

Seguramente, este adjetivo resulta extraño para calificar a un hombre que, machadianamente, fue “en el buen sentido de la palabra, bueno”<sup>31</sup>. Pero toda su vida —primero con su testimonio y después con su palabra— fue una profecía, de anuncio y de denuncia, porque estaba jesuánicamente convencido de que

No se puede servir a dos señores:

al Pueblo y al Poder,

al Reino y al Sistema,

al Dios de Jesucristo y al Diablo del dinero<sup>32</sup>.

Y en esa estructura teologal-idolátrica de la realidad —como la define J. Sobrino<sup>33</sup>—, la existencia del anti-reino desencadena la indignación profética hasta la maldición. Es esa santa ira la que lo empuja a lanzar maldiciones como

28. T. Cabestrero, *Diálogos en Mato Grosso*, o. c., pp. 175-176.

29. T. Cabestrero, *El sueño de Galilea*, o. c., p. 133. Las cursivas son mías.

30. P. Casaldáliga, “Testimonio y escándalo”, *El tiempo y la espera*, o. c., p. 56.

31. A. Machado, “Retrato”, *Poesía*, p. 112 (Buenos Aires, 2012).

32. P. Casaldáliga, “Los dos señores”, *Fuego y ceniza al viento. Antología para la nueva Nicaragua*, p. 79 (Santander, 1984).

33. El teólogo jesuita habla de la estructura teologal-idolátrica de la realidad: “en la historia existe el verdadero Dios (de vida), su mediación (el reino) y su mediador (Jesús), y existen los ídolos (de muerte), su mediación (el anti-reino) y sus mediadores (los opresores). La realidad es que ambos tipos no son solo distintos, sino que aparecen formalmente en una disyuntiva

flechas que se disparan contra las injusticias de la historia y que recuerdan los famosos “ayes” —“¡ay de ustedes...!”— del otro profeta, el de Nazaret (*cfr.* Mt 23,13ss.):

[...]

¡Malditas sean  
 las cercas vuestras,  
 las que os cercan  
 por dentro,  
 gordos, solos,  
 como cerdos cebados,  
 cerrando, con sus títulos y alambres,  
 fuera de vuestro amor  
 a los hermanos!

(Fuera de sus derechos  
 sus hijos y sus llantos y sus muertos,  
 sus brazos y su arroz)  
 ¡Cerrándoos  
 fuera de los hermanos  
 y de Dios!

¡Malditas sean  
 todas las cercas!  
 ¡Malditas todas las  
 propiedades privadas

---

duélica”. *Cfr.* J. Sobrino, *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, p. 213 (Madrid, 1993).

que nos privan  
de vivir y de amar!

[...]³⁴

No fueron menos tajantes las condenas que antes hizo Jesús a todo tipo de egoísmo y de autorreferencialidad que cierra —“cerca”— los derechos y las necesidades de los otros; pertenece al meollo del evangelio: quien niega al hombre niega a Dios. Sin duda, son palabras duras, pero comprensibles: desenvolvió su ministerio en un contexto de injusticia institucionalizada y anquilosada, de política corrupta e Iglesia oficial demasiado distraída.

Y porque en verdad la Palabra (el Verbo) se hizo carne —a pesar de los neognosticismos siempre recurrentes en algunos sectores eclesíasticos—, las palabras poético-proféticas tienen que ser igualmente verdaderas y diáfanas, desmascaradoras y sin ambigüedades: “Si el Verbo se hace carne verdadera, / no creo en la palabra que adultera. / Yo hago profesión de claridad”³⁵. El misterio de la encarnación posibilita y exige transparencia y compromiso.

Por mi vocación personal y por legítima ideología asumida, no creo en poesía neutral. Uno se emociona con ira frente a la injusticia y la miseria y la prepotencia. Uno se emociona con entrañas de compasión delante de los pobres, ante el dolor humano. Uno, contra toda esperanza y a pesar de la realidad fatal, sigue emocionándose hacia la utopía. En cristiano podrá ser, deberá ser, emoción profética, misericordia evangélica, esperanza pascual³⁶.

Con la misma fuerza con que condena todas las cercas, denuncia las manipulaciones de lo que devino el símbolo cristiano por excelencia, la cruz, en un poema que se titula, precisamente, “Maldita sea la cruz”³⁷. El poema invita a repensar tantas teologías y espiritualidades que se han forjado a la luz —o a la sombra— de una cruz sin crucificado o, lo que es lo mismo, de un símbolo de sufrimiento sin referencia a la historia que le da sentido y explicación.

34. P. Casaldáliga, “Tierra nuestra, libertad”, *Cantares de la entera libertad. Antología para la nueva Nicaragua*, pp. 15-16 (Managua, 1984).

35. P. Casaldáliga, “Y el Verbo se hizo carne”, *Sonetos neobíblicos*, o. c., p. 21.

36. T. Cabestrero, *El sueño de Galilea*, o. c., pp. 133-134.

37. P. Casaldáliga, “Maldita sea la cruz”, *Todavía estas palabras*, p. 53 (Estella, 1989). Hemos comentado brevemente el poema en M. Moore, “La cristología poética de Pedro Casaldáliga”, *Revista Latinoamericana de Teología* 98 (2016), 105-106.

## 2.2. Profeta esperanzado

Toda esa cruda denuncia que desenmascara el pecado y el mal en el mundo (y en la Iglesia) se sostiene e ilumina desde un firme horizonte de esperanza. Una esperanza que, podríamos decir, nació y creció “obligada” a golpes de dolor, en medio de tanta muerte a mano.

La muerte continúa siendo para mí lo más serio de la vida. “Me hace la pascua”. En algunos momentos casi me he desesperado, y yo le he preguntado a Dios por qué tantas muertes estúpidas, sin sentido al parecer, muertes de hambre, por distancias, por no tener un mínimo de infraestructura, asistencia médica, etc., por tanta injusticia, “muertes matadas”, como se dice aquí, muertes enloquecidas. Por otra parte, claro, es “la pascua del Señor”. Yo tengo fe, tengo esperanza... *aquí mi esperanza se ha agudizado, se ha afilado como una cuchilla a medida que he ido cortando la carne de la muerte presente*. Sólo puedo tener esperanza. No existe otra posibilidad<sup>38</sup>.

Resulta más que sugerente la metáfora de la esperanza “como una cuchilla afilada” para cortar la carne de la muerte y así poder, desde las hendiduras, entrever alguna resurrección. La esperanza, tanto en su prosa como en su poesía —y antes en su vida, como queda dicho—, ha sido un tema constante y transversal<sup>39</sup>. Dentro de esos muchos poemas, quiero iluminar este rasgo desde el soneto titulado “Entonces lo veremos como es”:

Porque lo espero a Él, y porque espero  
 que, al encontrarlo, todos nos veamos  
 restablecidos por el sol primero  
 y el corazón seguro de que amamos;

porque no acepto esa mirada fría  
 y creo en el rescoldo que ella esconde;  
 porque tu soledad también es mía;  
 y todo yo soy una herida, donde

38. T. Cabestrero, *Diálogos en Mato Grosso*, o. c., p. 100. Las cursivas son mías.

39. Nos permitimos remitir a lo escrito en M. Moore, *Pedro Casaldáliga. Cuando la fe se hace poesía*, o. c., pp. 121-127.

alguna sangre mana; y donde espera  
 un muerto, yo reclamo primavera,  
 muerto con él ya antes de mi muerte;

porque aprendí a esperar a contramano  
 de tanta decepción: te juro, hermano,  
 que espero tanto verLo como verte<sup>40</sup>.

Me limito a subrayar solo tres notas de este poema de gran hondura teológica: el cielo, el destino último, no es solo ver y abrazar a Dios, sino también a todos nuestros difuntos queridos y, de un modo particular, a las víctimas de la historia (“espero tanto verLo como verte”). En segundo lugar, esa apuesta por el encuentro con el Dios resucitador —más fuerte que la muerte— se valida en la capacidad previa de sufrir con el otro (“porque tu soledad también es mía”) y de morir con los que han muerto antes de tiempo (“donde espera / un muerto, yo reclamo primavera, / muerto con él ya antes de mi muerte”). Y, por último, la muy actual invitación que nos hace el poeta a “esperar a contramano / de tanta decepción”. Cada lector podrá pensar ahora cuáles han sido y son las decepciones con las cuales y a pesar de las cuales sigue creyendo, esperando y amando “a contramano”. Las desilusiones que afloran, cuando constatamos las propias fragilidades, las que vienen de la Iglesia, de la política, de las relaciones afectivas quebradas, de nuestras más íntimas expectativas vitales frustradas, etc. Seguramente, cuanto más honda sea la decepción y más oscuro el sufrimiento, mayor deberá ser la esperanza que envuelva esos sentimientos oscuros y los reubique en un horizonte dador de sentido, porque

Si uno quiere no llegar a la desesperación, a la pura indignación sin sentido, sin salida (a la blasfemia, diríamos), uno debe llevar en sí una gran fuerza de esperanza. Pienso que, cuanto más cerca se vive de la miseria, del sufrimiento, de la muerte, tanto más deberá ser la esperanza expresión cotidiana casi espontánea de nuestras vidas. Ahí los profetas nos enseñan tanto el anuncio del Dios vivo y verdadero y de sus planes y proyectos, como la denuncia de los ídolos, de los antiproyectos que contradicen el proyecto de Dios, como también la actitud de la consolación: “consolad a mi pueblo” (Is 40,1)<sup>41</sup>.

40. P. Casaldáliga, “Entonces lo veremos como es”, *Sonetos neobíblicos*, o .c., p. 57.

41. P. Casaldáliga, “Opción por los pobres y espiritualidad”, en J. M. Vigil (ed.), *La opción por los pobres*, p. 52 (Santander, 1991).

### 3. Pastor

Y la última perspectiva que quiero compartir en este retrato a mano alzada es la de Pedro-pastor. Después de haber comentado su casi innato ser poeta y su devenido ser profeta, vale recordar que solo aceptó ser consagrado obispo cuando se sintió fraternalmente presionado y convencido por su propia gente para que accediera a ese ministerio<sup>42</sup>. Nacido poeta, fue “hecho” obispo, como comenta con sutil ironía: “Para información de los amigos y sin posible discusión, es bueno hacer constar el parecer nada menos que del Papa Juan Pablo II, quien, además, es poeta: ‘Es más fácil hacer un buen poeta que hacer un buen obispo’. Y lo decía de mí, cuando en su primer viaje al Brasil le dediqué aquel poema *João Paulo, Pedro só*. Ya es sabido que el poeta nace. Hasta ahora, a los obispos los hacen”<sup>43</sup>.

---

42. Así lo relata y recuerda T. Balduino, uno de los dos obispos consagrantes: “El día 8 de agosto de 1971 fui a São Félix a petición de Pedro para ordenar sacerdote al hermano Manuel Luzón, el compañero de Pedro desde el inicio de la misión del Araguaia. En un momento dado, Pedro me llamó a su despacho y me mostró la carta respuesta que le acababa de escribir al nuncio, quien le había comunicado su elección para obispo de São Félix. Luego de leer la carta, le dije: ‘Yo no lo entiendo, Pedro. Hasta ahora has asumido ser jurídicamente prelado de esta Iglesia. Cuando el Papa te propone pasar de lo jurídico a lo sacramental ¿dices que no quieres más?’. Percibí que a partir de mi intervención, mudó de actitud. Convocó enseguida una reunión con los sacerdotes, las Hermanitas de Jesús, las Hermanas de São José, los laicos, estando yo presente, y aunque vinculado por el secreto pontificio, mostró a todos el contenido de la carta de la Santa Sede y planteó la cuestión de si debía aceptar o no ser obispo de São Félix. Encuentro bellissimo, y único, de miembros maduros y sabios de una Iglesia nueva. En cada uno de los que se expresaban allí se podía sentir en vivo la libertad, la seriedad y la sinceridad de los que comprometían su vida en la misma y peligrosa aventura misionera. ¡Por fin aprobaron a Pedro como obispo de São Félix! Podrían, con toda verdad, repetir aquellas palabras seguras de los Apóstoles: ‘Nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros...’ [...] Por mi parte quedé emocionado al presenciar, aquel día, el renacer de la antigua y venerable forma popular y evangélica de escoger a los grandes obispos y pastores que marcaron la historia de nuestra Iglesia”as curias no podían entenderte: ; T. Balduino, “Pedro, obispo”, en P. Casaldáliga, *Las causas que dan sentido a su vida. Retrato de una personalidad*, p. 338 (Madrid, 2009).

43. T. Cabestrero, *El sueño de Galilea*, o. c., p. 132.

Dos convicciones eclesiológicas previas determinarán su pastoreo<sup>44</sup>. En primer lugar, su firme convicción teológica de que la Iglesia toda pertenece al ámbito de las mediaciones, relativizada respecto al absoluto, que debe transparentar y actualizar el Reino.

“Sólo el Reino es absoluto. Todo lo demás es relativo”. Es decir: toda nuestra actividad cristiana ha de ser praxis del Reino, o sea, “vivir y luchar por la Causa de Jesús”, militancia por el Reino de Dios. Este es el objetivo, la Causa. Todo lo demás son medios y mediaciones al servicio del Reino. Las mediaciones no valen por sí mismas, ni para sí mismas, sino sólo en la medida en que sirven al Reino [...] De su servicio al Reino de Dios cobran sentido precisamente todas las cosas<sup>45</sup>.

De un modo sintético lo plasma en un pequeño poema que une sin confundir y distingue sin separar ambas realidades.

El Reino

une.

La iglesia

divide

cuando no coincide

con el Reino<sup>46</sup>.

Y, en segundo lugar, su clara conciencia de que el episcopado es un ministerio, esto es, un servicio (*ministerium*) a todos los hombres —al mundo—, a través de la Iglesia, no una cuestión de poder, ni de dignidad socio-eclesial: “Si

44. Algunas líneas de su eclesiología pueden verse en M. Moore, “La eclesiología poética de Pedro Casaldáliga. Las ‘otras’ notas de una *Ecclesia semper reformanda*”, *Revista Latinoamericana de Teología* 104 (2018), 97-120.

45. P. Casaldáliga y J. M. Vigil, *Espiritualidad de la liberación*, p. 132 (Buenos Aires, 1993).

46. P. Casaldáliga, “El reino y la iglesia”, *Fuego y ceniza al viento*, o. c., p. 75. Desde allí fundamenta el derecho y la obligación de ejercer un amor crítico: “Nuestro amor a la Iglesia es un amor ‘por el Reino’, que, por eso, nos lleva a quererla ver más y más convertida a él [...] El amor maduro a la Iglesia deberá ser siempre un amor crítico, sobre todo cuando en la Iglesia predominen otros intereses que los del Reino”. Cfr. P. Casaldáliga y J. M. Vigil, *Espiritualidad de la liberación*, o. c., p. 246.

decimos ‘Iglesia jerárquica’, con más razón podemos decir ‘Iglesia popular’. Por dos motivos: la Iglesia ‘tiene’ jerarquía, pero ‘es’ pueblo, pueblo de Dios. La jerarquía es minoritaria en la Iglesia, es un servicio a la Iglesia y, a partir de la Iglesia, al mundo. Mientras que el pueblo, ese pueblo de Dios, es la inmensa mayoría<sup>47</sup>. Su ministerio, pues, se presenta como una mediación dentro de otra mediación. Y como una mediación humana, por tanto, (reconocidamente) frágil, sin aire de infalibilidades. Así se declara Pedro: humano y “también” obispo.

Por ese mero hecho  
de ser también obispo,  
nadie me va a pedir  
—así lo espero, hermanos—  
que yo deje de ser  
un hombre humano.  
(Humanamente frágil, como todos.  
Humanamente libre, como algunos.  
Humanamente vuestro)  
[...]<sup>48</sup>.

- 
47. P. Casaldáliga, “Opción por los pobres”, o. c., p. 53. Definiéndose como un servidor más dentro de la Iglesia, reivindica el derecho a expresarse con libertad y sin tapujos: “Porque consideramos al obispo como lo consideramos, el hecho de que un obispo hable con cierta simplicidad y diga lo que piensa, y ‘se desnude un poco’ [...], ya significa algo nuevo, diferente, que sacude y ensancha el corazón de muchos. Lo sé por numerosas cartas que me han llegado diciendo que, gracias a Dios, finalmente, alguien que es obispo ha dicho lo que tantos pensamos pero no sabemos o no podemos expresar, sobre todo, por lo que se refiere a la problemática intraeclesial o intraeclesialística”. Cfr. T. Cabestreros, *Diálogos en Mato Grosso*, o. c., pp. 169-170. Y un poco más adelante: “En política continuo pensando, cada vez más, que uno, incluso siendo obispo, debe decir una palabra concreta para ser fiel y honesto; y para no quedarse uno en la hermosa y cómoda y aprovechada posición de la neutralidad, ¿no?, con lo cual uno se siente después en el derecho de recibir homenajes y beneficios de unos y de otros porque no se comprometió”, p. 173.
48. P. Casaldáliga, “Por ese mero hecho de ser también obispo”, *El tiempo y la espera*, o. c., p. 59.

Dos pinceladas también, para dibujar este último “mero” rasgo: pastor de una Iglesia pobre y pastor de una Iglesia para los pobres.

### 3.1. Pastor de una iglesia pobre

Desde el inicio, lo simbólico marcó el programa de cómo sería su pastoreo: nunca usó el báculo, el anillo y la mitra tradicionales, sino una suerte de remo, un anillo de palmera (tucum) y un sombrero de paja. Elementos todos que hacen referencia a esa tierra indígena oprimida y que incomodan a cierta estética eclesiástica cuando, todavía hoy, se siguen manteniendo tantos signos que mucho tienen que ver con el imperio romano de otrora y poco con una Iglesia jesuánica. Así lo anunció en la invitación-recordatorio de su consagración episcopal, el 23 de octubre de 1971:

Tu mitra será un sombrero de paja sertanejo; el sol y el claro de luna; la lluvia y el sereno; la mirada de los pobres con quienes caminas y la mirada gloriosa de Cristo, el Señor.

Tu báculo será la verdad del evangelio y la confianza de tu pueblo en ti.

Tu anillo será la fidelidad a la nueva alianza del Dios liberador y la fidelidad al pueblo de esta tierra.

No tendrás otro escudo que la fuerza de la esperanza y la libertad de los hijos de Dios, ni usarás otros guantes que el servicio del amor<sup>49</sup>.

Nunca aceptó ser llamado con esos títulos de dignidad que tanto abundan y gustan en algunos sectores eclesiásticos, a pesar de la advertencia evangélica (*cf.* Mt 23,9-12): “dom”, “monseñor”, “excelencia”, “ilustrísima”, “santidad”, “eminencia”, etc. Pedía ser llamado, simplemente, “Pedro” o “Pedrinho”. Y es que jamás dejó de soñar *otra* Iglesia que —además de una, santa, católica y apostólica<sup>50</sup>— tuviera como nota definitoria la desnudez.

[...]

Yo, pecador y obispo, me confieso

de soñar con la Iglesia

49. P. Casaldáliga, *Al acecho del Reino*, p. 180 (Madrid, 1989).

50. En esa perspectiva, hemos hecho emerger, desde la teopoética de Casaldáliga, otras notas definitorias de la Iglesia: reinocéntrica, ptojocéntrica, martirial y utópica, en M. Moore, “La eclesiología poética de Pedro Casaldáliga”, o. c.

vestida solamente de Evangelio y sandalias,  
de creer en la Iglesia,  
a pesar de la Iglesia, algunas veces;  
de creer en el Reino, en todo caso  
caminando en Iglesia.

[...] <sup>51</sup>.

La referencia a esos “vestidos” evoca, espontáneamente, una foto de las celebraciones fúnebres de Casaldáliga: en ella se ven los pies de Pedro desnudos, algo llagados, apenas cubiertos por el libro de los evangelios. Su poesía se había vuelto profecía cumplida y símbolo interpelante desde su cuerpo sin vida. Sin vida, pero que seguía hablando. Conviene precisar que dicha apuesta por una Iglesia despojada de tantas exterioridades y superficialidades, se entiende desde su propuesta de concentrarse en lo esencial, como declara en “Pobreza evangélica”:

No tener nada.

No llevar nada.

No poder nada.

No pedir nada.

Y, de pasada,

no matar nada;

no callar nada.

Solamente el Evangelio, como una faca afilada.

Y el llanto y la risa en la mirada.

Y la mano extendida y apretada.

Y la vida, a caballo, dada.

Y este sol y estos ríos y esta tierra comprada,

para testigos de la Revolución ya estallada.

¡Y “mais nada”!<sup>52</sup>

51. P. Casaldáliga, “Yo, pecador y obispo, me confieso”, *Todavía estas palabras*, o. c., p. 56.

52. P. Casaldáliga, “Pobreza evangélica”, *Clamor elemental*, pp. 31-32 (Salamanca, 1971).

Todo un programa de vida. Pero el pastorear teniendo como única riqueza la palabra desafiante y afilada del Evangelio, lo llevará a ser no solo signo de unidad, sino, muchas veces, también, signo de contradicción. Sin embargo, la memoria subversiva del Jesús histórico lo confirmará y lo consolará.

Si escandalizo o no escandalizo en la manera de pastorear esta Iglesia, y más ahora que hemos pasado a ser un poco farol. Me lo he preguntado a veces muy seriamente. Pero [...], luego, cuando vuelvo a poner los pies y el corazón en la realidad durísima de estos pueblos, de estas gentes queridas, abandonadas y oprimidas hasta lo inverosímil, me parece que no estoy exagerando, me parece que aún nos quedamos cortos. Ahora, puede ser que, realmente, para algunos haya sido piedra de escándalo, señal de contradicción y de choque. Siento el dolor que provoque, pero me parece inevitable y, a fin de cuentas, saludable. Yo a veces me consuelo un poco diciendo, para completar el dicho famoso de que el obispo debe ser señal de unidad, que debe ser tanto señal de unidad como signo de contradicción, si lo es desde el Evangelio. Me parece que las dos cosas son del mismo Cristo, ¿no? Nadie va a decir que él solo fue señal de unidad y que no fue signo de contradicción, cuando hasta lo dispersó todo, hasta a sus apóstoles dispersó<sup>53</sup>.

Quizá lo más doloroso para él fue descubrir que era signo de contradicción entre sus mismos hermanos del episcopado. Algunos llegaron a denunciarlo a Roma, como en el escandaloso caso encabezado por el obispo integrista Sigaud contra Pedro Casaldáliga y Tomás Balduino (obispo de Goiás), ambos acusados de comunistas<sup>54</sup>. Probablemente, al escribir aquellos versos sobre la misma situación que algunos años más tarde vivió Óscar Romero en El Salvador, su herida, como en un espejo, volvió a sangrar:

[...]

¡Pobre pastor glorioso,

abandonado

por tus propios hermanos de báculo y de Mesa . . . !

(Las curias no podían entenderte:

53. T. Cabestrero, *Diálogos en Mato Grosso*, o. c., pp. 179-180.

54. Cabestrero hace una detallada crónica de esos nefastos sucesos, entretejidos por sectores ultra derechistas del gobierno y de la Iglesia brasilera (¿y romana?), *cfr. ibid.*, pp. 35-61 ("El anticomunismo del arzobispo"). Desafío al lector a que encuentre alguna palabra que denote una pizca de rencor o resentimiento a lo largo del relato, que hace nuestro obispo calumniado.

ninguna sinagoga bien montada puede entender a Cristo).

[...]⁵⁵.

Por otra parte, en Casaldáliga, el soñar con una Iglesia distinta no implica una actitud pasiva, ni de melancolía añorante; muy por el contrario, lleva a buscar implementar reformas concretas. De hecho, hablando de las sombras de la Iglesia, en un reportaje de 1986, se quejaba ya de “la lentitud pseudo-eterna de nuestras reformas en curias y códigos. Especialista en eternidad, la Iglesia deja pasar, con frecuencia, el Tiempo...”⁵⁶. Treinta y cinco años después, en medio de los intentos todavía frustrados del papa Francisco, sus palabras suenan dolorosamente actuales. Pero dejar pasar el tiempo, me animo a decir, no es una mera cuestión cronológica, sino kairológica.

Lo malo no será

perder el tren de la Historia,

sino perder el Dios vivo

que viaja en ese tren⁵⁷.

Y sin ciertas reformas, ya no necesarias, sino impostergables, será la Iglesia quien vea pasar de largo ese tren. El obispo de São Félix, porque lo hizo primero dando el ejemplo en el modo de pastorear en su diócesis, se animó después a interpelar al de Roma, en aquel duro poema dedicado a Juan Pablo II, adelantándose en varias décadas a la tan mentada propuesta de “una Iglesia en salida” del papa actual:

Deja la curia, Pedro,

desmantela el sinedrion y la muralla,

ordena que se cambien todas las filacterias impecables

por palabras de vida, temblorosas.

[...]⁵⁸.

Una última nota, de no menor calado en cuanto venimos diciendo porque, por una parte, Pedro Casaldáliga es consciente de la distancia que existe entre

55. P. Casaldáliga, “San Romero de América”, *Cantares de la entera libertad*, o. c., p. 42.

56. P. Casaldáliga, *Al acecho*, o. c., p. 179.

57. P. Casaldáliga, “Palabra”, *Todavía estas palabras*, o. c., p. 96.

58. P. Casaldáliga, “Deja la curia, Pedro”, *El tiempo y la espera*, o. c., p. 48.

la propuesta jesuánica y la Iglesia de hoy: “Ni las personas ni las instituciones de la Iglesia somos ‘pobres’, en general. Ni convivimos con los Pobres de la Tierra ni nos encarnamos en su realidad diaria. Les servimos simpatía, palabra, beneficencia... ¡Tememos sus reivindicaciones mayores!”<sup>59</sup>. Pero esas constataciones —y tantas otras fragilidades y escándalos que conoció de cerca siendo obispo— no lo paralizan, ni lo abaten: como comentábamos al describir su ser profeta, el factor-esperanza también es el motor de su ministerio episcopal, lo cual le permite seguir esperando mientras cultiva “la flor de la Esperanza”, aunque sea en tierra árida, a contramano y a contra-institución.

[...]

Yo, pecador y obispo, me confieso  
de abrir cada mañana la ventana del Tiempo;  
de hablar como un hermano a otro hermano;  
de no perder el sueño, ni el canto, ni la risa;

de cultivar la flor de la Esperanza  
entre las llagas del Resucitado<sup>60</sup>.

### 3.2. Pastor de una Iglesia para los pobres

Iglesia pobre, Iglesia para los pobres... ¡para que no haya más pobres! Porque lo que Dios quiere, en positivo, es la igualdad de todos sus hijos para que puedan vivir en verdadera y libre fraternidad, como escribe en un irónico poema titulado “Igualdad”.

Si Cristo es  
la riqueza  
de los pobres,  
¿por qué no es  
la pobreza  
de los ricos,

59. P. Casaldáliga, *Al acecho*, o. c., p. 178.

60. P. Casaldáliga, “Yo, pecador y obispo, me confieso”, o. c., p. 56.

para ser  
la igualdad  
de todos?<sup>61</sup>

En una Iglesia interesada por las preocupaciones del Reino, la opción por los pobres —si se me permite el juego de palabras— no es opcional: “La opción por los pobres viene a ser una ‘nota’ de la verdadera Iglesia, del seguimiento de Jesús, de la espiritualidad cristiana”<sup>62</sup>. Saliendo al paso de cualquier posible acusación de reduccionismo ideológico, avisa: “nuestra opción por los pobres tiene su fundamento último en Dios mismo. Es de naturaleza teologal”<sup>63</sup>. En efecto, el cristianismo se fundamenta en la afirmación de que el Totalmente Otro se ha vuelto Totalmente Cercano en la carne de un hombre concreto que vivió y murió en los márgenes de la historia. Dicho en otros términos, la encarnación tiene vocación universalizante, pero se da situada. Belén, Galilea y Getsemaní quedan fuera de la ciudad y del templo, y pertenecen a la periferia del imperio. Y parece que por allí quiso Dios acampar, a través del seno de María.

[...]

Vecina del pecado y la vergüenza,  
con el Verbo hecho carne que habita entre nosotros  
tú has instalado a Dios en el suburbio humano.

[...] <sup>64</sup>.

61. P. Casaldáliga, “Igualdad”, *Cantares de la entera libertad*, o. c., p. 74.

62. P. Casaldáliga y J. M. Vigil, *Espiritualidad de la liberación*, o. c., p. 191. Y un poco antes, aclara: “No se trata, evidentemente, de una aportación de novedad, sino de un redescubrimiento de una dimensión esencial del mensaje cristiano que, en cuanto tal, pertenece a la mejor tradición eclesial. Véase al respecto la antología histórica preparada por J. I. González Faus, *Vicarios de Cristo* (Madrid, 1991)”, p. 188. Existe una quinta edición de esa obra citada por Pedro Casaldáliga: J. I. González Faus, *Vicarios de Cristo: los pobres en la teología y espiritualidad cristianas. Antología comentada* (Barcelona, 2018).

63. *Ibid.*, p. 190.

64. P. Casaldáliga, “Comadre de suburbio”, *Llena de Dios y tan nuestra. Antología mariana*, p. 42 (Buenos Aires, 1991).

Hacia allí, hacia las diversas zonas de fractura actuales de nuestra sociedad e Iglesia, donde (sobre)viven los pobres con sus miles de rostros, nos invita a ir el poeta:

[...]

Vamos al Huerto de las bananeras,

revestidos de noche, a todo riesgo,

que allí el Maestro suda la sangre de los Pobres.

[...]⁶⁵.

Luego, la “Iglesia samaritana”, la “Iglesia no autorreferencial”, la “Iglesia en salida”, está convocada a vivir donde otros mueren. Y desde ahí, está impostergablemente llamada a compartir la suerte y a defender las causas de los más débiles, aplastados en nombre de las leyes civiles o eclesiásticas, de la “losas” sagradas o profanas:

Es hora de sudar con Su agonía,  
 es hora de beber el cáliz de los Pobres  
 y erguir la Cruz, desnuda de certezas,  
 y quebrantar la losa —ley y sello— del sepulcro romano,  
 y amanecer

de Pascua⁶⁶.

En medio de esa “hora” (en sentido joánico), el poeta nos invita a “erguir la Cruz, desnuda de certezas”. Nuevamente la desnudez: seguir desnudos al desnudo... ahora, desnudos de certezas. Creo que es esta una metáfora cristológica sumamente áspera y difícil de digerir, porque avisa del posible destino de fracaso, en esa lucha por los pobres del Reino, como histórico fue el fracaso que tiñó la misión del Maestro, quien, sin embargo, todavía allí “suda la sangre de los Pobres” (*cf.* Mt 25,33ss.)⁶⁷. Y no hay certezas de victoria, solo hay esperas: ayer y hoy. Sabemos la muerte; esperamos la resurrección. Tocamos

65. P. Casaldáliga, “Deja la curia, Pedro”, o. c., p. 48.

66. *Ibidem*.

67. Sobre la categoría de fracaso aplicada a la historia de Jesús, remitimos a lo que hemos escrito, comentando a González Faus, en M. Moore, *Creer en Jesucristo. Una propuesta en diálogo con O. González de Cardedal y J. I. González Faus*, pp. 259-263 (Salamanca, 2011).

la cruz, anhelamos la luz<sup>68</sup>. En ese escenario de cálices, la misión de la Iglesia será apurar el “amanecer / de Pascua”, que se vislumbra en un horizonte más o menos lejano.

Por eso, en el poema que venimos citando, exhorta al obispo de Roma, en cuanto pastor de los pastores, a recordar a quienes sufren y a quienes hacen sufrir, que el meollo del Evangelio —aunque no sea dogma declarado ni figure en el Denzinger— sigue siendo noticia buena y vigente: el Dios de todos y para todos tiene cierta parcialidad en favor de los más desfavorecidos<sup>69</sup>; los tres escenarios evocados allí nos lo confirman:

[...]

Diles, dinos a todos,

que siguen en vigencia indeclinable

la gruta de Belén,

las Bienaventuranzas

y el Juicio del amor dado en comida.

[...]<sup>70</sup>.

Comida simbolizada, para nuestro poeta, en el pan como respuesta a la primerísima forma de pobreza, el hambre.

Primero sea el pan,

después la libertad.

(La libertad con hambre

es una flor encima de un cadáver).

68. Cfr. M. Moore, “Esperar con los desesperanzados a la luz del misterio pascual. Meditación teológica”, pp. 389-398; en Sociedad Argentina de Teología, *En el camino de Emaús. Esperanza que fecunda la historia*, XXXV *Semana Argentina de Teología* (Buenos Aires, 2017).

69. Cfr. J. Sobrino, “Un Dios justo, parcial y liberador de las víctimas”, *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, pp. 126-130 (Madrid, 1999); y J. Sobrino, “La parcialidad del reino de Dios”, *Jesucristo liberador*, o. c., pp. 115-117.

70. P. Casaldáliga, “Deja la curia, Pedro”, o. c., p. 49.

Donde hay pan,

allí está Dios<sup>71</sup>.

Y donde no hay pan, se nos invita a hacer-*nos* pan ¡Qué distintas resonarían nuestras (in-significantes) celebraciones eucarísticas, si cayéramos en la cuenta de lo que esto significa! ¡Qué vivificantes resultarían, si nos juntáramos como comunidad a compartir nuestras vidas y muertes diarias, haciendo memoria de las de Aquel que ya hizo (su) Historia! Marcharíamos hacia el Reino *en y más allá de* la Iglesia.

[..]

El vino de sus venas nos provoca.

El pan que ellos no tienen nos convoca

a ser Contigo el pan de cada día.

Llamados por la luz de Tu memoria,

marchamos hacia el Reino haciendo Historia,

fraterna y subversiva Eucaristía.

Memoria que supo escuchar su hermano en el episcopado, “San Romero de América, pastor y mártir”. En el poema así titulado, comienza recordando que su cobarde asesinato ocurrió mientras celebraba la eucaristía, que Romero intentaba fuera subversiva de ese imperio de opresión en el que vivía —y moría— el pueblo salvadoreño... ¡y por “subversivo” fue asesinado! Su sangre se mezcló con la de Jesús en un único cáliz. El Verbo se encarnó en su muerte —como antes lo había hecho en su vida— para resucitar en el pueblo y, quizá, en algo de “nuestra vieja Iglesia”.

Tú ofrecías el Pan,

el Cuerpo Vivo

—el triturado cuerpo de tu Pueblo;

Su derramada Sangre victoriosa—

---

71. P. Casaldáliga, “El pan de cada día”, *Fuego y ceniza al viento*, o. c., p. 81.

¡la sangre campesina de tu Pueblo en masacre  
que ha de teñir en vinos de alegría la aurora conjurada!

El ángel del Señor anunció en la víspera,  
y el Verbo se hizo muerte, otra vez, en tu muerte;  
como se hace muerte, cada día, en la carne desnuda de tu Pueblo.

¡Y se hizo vida nueva  
en nuestra vieja Iglesia!<sup>72</sup>

Para los pobres vivieron y murieron Casaldáliga, Romero y tantos otros de los llamados “padres de la Iglesia latinoamericana”. Con “escolástica” distinción, comenta y aclara nuestro Pedro:

Yo suelo decir: el Evangelio es para todos, a favor de los pobres y contra los ricos. Y me explico. A favor de los pobres en lo que tienen ellos de pobreza evangélica, y contra la marginación y quizá la desesperación en que les toca vivir. Y contra los ricos: contra la posibilidad, la capacidad que ellos tienen de vivir en un privilegio que expolia a la inmensa mayoría de los hermanos, contra la capacidad de explotar a esos hermanos, contra la insensibilidad en que ellos viven, contra la idolatría en que ellos están sumidos<sup>73</sup>.

\*\*\*\*\*

“Yo moriré de pie como los árboles / (me matarán de pie)”<sup>74</sup>, había avisado. Pero esta vez, su profecía no se cumplió: se fue apagando lentamente en su silla de ruedas, casi acurrucado, con la cabeza inclinada, como aquel otro profeta de Nazaret que, “inclinando su cabeza, entregó el espíritu” (Jn 19,30). No lo mataron, aunque le fueron quitando la vida, mientras luchaba por sus causas; una vida que entregó generosa y libremente. Sin duda, su testimonio sigue en pie, vivo y desafiante. “¡Nadie / hará callar / tu última homilía!”<sup>75</sup>, gritaba al

72. P. Casaldáliga, “San Romero de América”, o. c., p. 42.

73. P. Casaldáliga, “Opción por los pobres”, o. c., p. 55.

74. P. Casaldáliga, “Profecía extrema, ratificada”, *Clamor elemental*, o. c., p. 99.

75. P. Casaldáliga, “San Romero de América”, o. c., p. 43.

final del poema dedicado a Óscar Romero. Lo mismo deberíamos decir ahora, nosotros, respecto del legado de Pedro Casaldáliga, porque

Quando los tiempos actuales perturbados hubieren pasado, cuando las desconfianzas y mezquindades hubieren sido engullidas por la vorágine del tiempo, cuando miremos para atrás y consideremos los últimos decenios del siglo XX y los comienzos del siglo XXI, identificaremos una estrella en el cielo de nuestra fe, rutilante, después de haber parado nubes, soportando oscuridades y encendiendo tempestades: es la figura simple, pobre, humilde, espiritual y santa de un obispo que, extranjero, se hace compatriota, distante se hace prójimo y, prójimo, se hace hermano de todos, hermano universal: Don Pedro Casaldáliga<sup>76</sup>.

Así se expresaba hace más de diez años L. Boff, amigo suyo y compañero de batallas y de esperas. En una de las poesías a él dedicadas, le sugería: “Hablemos de Esperanza, Leonardo, / contra toda esperanza, como sabes”<sup>77</sup>. Ambos supieron —tuvieron que aprender— a esperar a contramano. Creo que ese es un color que tiñe cualquier esbozo de su figura. Pedro-poeta, Pedro-profeta, Pedro-pastor. Poeta del Misterio, profeta del Reino, pastor del Pueblo. Pedro, hermano universal, testigo de la tan necesitada esperanza...

Por tantos que nos siguen y por tantos

que han acrecido con su dura suerte

la herencia de los pobres y los santos;

porque creemos que Su Reino avanza

más allá del pecado y de la muerte,

hablemos y vivamos de Esperanza<sup>78</sup>.

76. L. Boff, citado en B. Forcano y M. García Guerra, “Pedro Casaldáliga: Hermano universal, profeta de nuestro tiempo”, *Éxodo* 143 (2018), 13.

77. P. Casaldáliga, “Esperar contra toda esperanza”, *Sonetos neobíblicos*, o. c., p. 61.

78. *Ibidem*.